

ignore la versificación corriente, sino por apartarse de lo común, formando nuevas vasijas para los tesoros de sus versos. He aquí algunas estrofas:

Escuchas? Mientras lloras y suspiras,
Enardecen los bravos acicates
Al palafrén de generosas iras,
Y triunfan en las estrofas y las liras
La épica militar en los combates.

.....
Deja el triste laúd de los amores,
Resuella en los clarines de tu rima,
Yo estoy en el tropel de luchadores:
la corona que ciño no es de flores,
Es de zarza de Horeb. Quema y lastima.

.....
Ven! El combate purifica al fuerte,
La espuma nace del furor de la honda.
Si el alevoso error tu sangre vierte,
canta el aria del triunfo ante la muerte
como el grupo inmortal de la Gironda.

Es decir, el poeta cambió la forma del verso, conservando siempre el encanto en lo que escribe.

Y desfilan a continuación hermosísimos cantos a la naturaleza, en los cuales está reflejado el pensamiento de Hesíodo, que el poeta ha llegado a asimilar.

Hay un canto a los árboles que termina de este modo:

Esta es la hora en que los árboles con sus carnes devoradas por las hachas,—se revisten de misterio.—Y cómo lloran sus hojas—por el crimen de las hachas como párpados sangrientos!—Cómo sufren en sus almas silenciosas, del adiós que dan los días en el linde del desierto!—Su plañido de mil años se desata cada tarde,—como la humedad siniestra de los dolientes pañuelos,—su plañido que se queja del martirio de las hachas,—en los profundos ropajes del Silencio:—mientras las llagas reviven—en sus temblorosos cuerpos—(oh las llagas sollozantes bajo el filo de las hachas!—oh las llagas de los vástagos abiertos!)—y la noche—va poniendo como una ancha—caricia de terciopelo,—con sus manos gigantes que salen de los crepúsculos,—en el lívido terror de sus cabellos.

En «Las Montañas», trasmite los lamentos que ha oído salir de las cumbres durante la noche; son lamentos de angustia de las cimas, sujetas a soportar siempre el frío beso de las nieves que las cubren con su helado manto; pero a pesar de ser quejas, encierran majestad y grandeza; en primer

término, describe un paisaje iluminado por la luna, pero no una luna como «la ruinoso cara de un esqueleto», que encontramos en «Metempsícosis», sino

como una ave de las alas candidas en anuncio de asunciones,—que pasa abriendo el sereno cristal de ilusorios mares,—lentamente—sobre la honda majestad de los paisajes.

Quien haya estado en un bosque en una noche iluminada por la luna, podrá sentir mejor las estrofas siguientes:

y la noche está pintada—cual la piel de los jaguares;—y se mira, como flotas—arboladas de mil mástiles,—vastas selvas anegadas—por los reflejos lunares;—y se ven las selvas naufragas que parecen ir flotando—con silencio de cadáveres,—en el trémor de unas grandes aguas pálidas—que a manera de anchas sedas amortajan a los árboles.

.....
Oh cuan fríos son los besos de las nieves,—de las nieves que ensangrenta la agonía de las tardes,—y cuán largo es el martirio que tortura aquellas rocas—bajo el vuelo indiferente de las águilas salvajes—en la desnudez eterna de los silenciosos cielos,—en la grande orquesta de órganos de las negras tempestades,—en la enorme decadencia de los siglos transcurridos,—en las noches armoniosas como cíclicos cantares!

Sale de «Las Montañas» y empieza «La Mar» a alegrar el espíritu con el hermosísimo paisaje de la costa a la puesta del sol, y se oyen los suspiros de la espuma en las orillas, los sollozos de las olas y adentro los rugidos del mar, en contraste con la calma y silencio de la playa.

El sol huye a las distancias—de la soledad marina,—y parece una gran rosa deshojada—sobre la rota opulencia de las nieblas; una brisa—llena de alas emigrantes—y de asperezas salinas,—cruza, la pálida tarde—como un suspiro de víctima.

Más adelante dice:

Y la Mar, sus grandes pechos—de sirena echa a la orilla,—y los muerden los peñascos,—y las ásperas arenas los lastiman;—y es entonces cuando se oye la gran voz de los abismos,—que se queja de la orilla,—y es un martirio de olas—el martirio de la mar estremecida,—que en las rocas de la tierra va a estrellar perpetuamente—las desnudeces benignas—de sus pechos espumosos—que las peñas formidables martirizan.